

LAS LEYES DE LA ERA PRESENTE Y EL MAÑANA DE IBEROAMERICA

En Iberoamérica, como en cualquier otro lugar del mundo, los dos sistemas se enfrentan en el marco de estructuras políticas, técnicas, militares y científicas tan nuevas que son mal conocidas por la mayor parte de los hombres políticos responsables.

A raíz del asesinato del general Trujillo, un eminente periodista escribió: «Santo Domingo está situado a 100 kilómetros de Cuba, y, por lo tanto, a menos de 1.000 kilómetros de la parte de costa americana donde están instaladas las bases de experimentación de los I. C. B. M. de los Estados Unidos. Ello hace más comprensible que un senador demócrata haya pedido que se envíen a Ciudad Trujillo dos brigadas de *marines*.»

Esta frase plantea dos cuestiones: la de la penetración comunista en Iberoamérica y, a su vez, la de la ignorancia del mundo occidental en cuanto a las formas que adopta la amenaza y la manera de hacer frente a la misma. Este periodista, razonando por analogía con el pasado, concede a la proximidad un interés militar que ha perdido. En el dominio de la guerra subversiva, la estrategia de la proximidad presenta muchos otros peligros que aquellos que durante mucho tiempo han sido los tradicionales, y entre los cuales se incluía la puesta en batería de los medios de tiro.

* * *

Desde el final de la segunda guerra mundial hemos penetrado en un mundo de nuevas dimensiones, cuyas características son totalmente diferentes del mundo intelectual, político y material que ha modelado nuestro modo de pensar. Es ésta la causa de los fracasos de Occidente, que no ha captado el sentido de tales transformaciones, aun cuando él no sea el que se halla en el origen de las mismas, y que menos aún sabe sacar partido de su aplastante superioridad científica, técnica, económica y también moral, ya que ha

registrado magníficos éxitos económicos y sociales que ha conseguido conservando el sentido de lo humano.

* * *

Una de las características de nuestro tiempo es justamente la facultad de comunicación casi instantánea que existe de un punto a otro de nuestro planeta, la anulación de las distancias y, por consiguiente, de las demoras, así como la fácil ósmosis que se establece entre los pueblos.

De ahí que todos empiecen a enterarse de lo que sucede en los demás lugares y que unos reclamen sin dilaciones la felicidad de otros. Ayer, la coexistencia de los bien provistos y de los subdesarrollados—o de hecho, el mantenimiento de una jerarquía de pueblos desigualmente edotados—, no se ponía en tela de juicio, porque no existía término de comparación. Actualmente, estos mismos medios de información y de explicación que el mundo occidental no sabe utilizar para explicarse a sí mismo las razones aparentemente secretas de sus actos, incitan a alzarse contra él a la casi totalidad de los pueblos llamados subdesarrollados. «La lucha por el progreso social contra el imperialismo» es el tema corriente de los partidos comunistas, singularmente de las organizaciones satélites del comunismo existentes en Iberoamérica, las cuales hacen hincapié en la desigualdad material entre Iberoamérica y América del Norte, por ejemplo, desigualdad revelada y posteriormente puesta de manifiesto por las películas, la prensa y la radio.

Pero los medios de comunicación actuales no sirven sólo para comparar niveles de vida. Todo el mundo conoce, por ejemplo, el esfuerzo de los países del bloque comunista para difundir su propaganda en Iberoamérica. Los chinos emiten durante más de veinte horas semanales con destino a Iberoamérica, en tanto que las emisoras soviéticas, emitiendo en español, en portugués e incluso en quichúas, se dirigen a los mismos públicos, pero durante más de ciento veinte horas por semana. Se envían periódicos de propaganda redactados en su lengua materna a las comunidades de origen eslavo residentes en los Estados del Plata. La U. R. S. S. ha abierto unos ochenta y cinco centros culturales y organizado importantes intercambios que culminaron en el Festival de la Juventud de Viena, en 1959, en que se invitó a unos 2.000 jóvenes iberoamericanos. Ya en 1959 medio millón de argentinos leía la prensa comunista de su país, y cada año el Instituto Cultural Soviético y sus dieciocho filiales distribuían millón y medio de folletos, libros y revistas destinadas a servir la propaganda marxista-leninista. Así, pues, las técnicas modernas de la información hacen una doble faena a quienes las

han creado y desarrollado: permiten con frecuencia comparaciones peligrosas para ello, fomentando las reivindicaciones y avivando las aspiraciones populares.

* * *

Otro factor del desquiciamiento actual: el gigantismo demográfico, técnico e incluso científico de la U. R. S. S. Nunca había sido movilizada tal potencia para cumplir semejante misión. Desde 1917, la gama de las posibilidades soviéticas no ha cesado de ampliarse. A la fuerza de la U. R. S. S., a la de su acción política y a la de los «partidos» que dirigía por doquier en el mundo, la segunda guerra mundial ha agregado la potencia que se deriva de un fuerte ejército, cuyos efectivos podrían ser fácilmente superiores a los que lograrán reunir los países occidentales. Además, a aquellos tres nutridos batallones, la U. R. S. S. ha añadido la calidad de sus técnicos de armamentos clásicos. La etapa atómica ha sido alcanzada y superada en estos últimos años. La panoplia se ha enriquecido posteriormente con missiles balísticos, y ahora con las mejores técnicas espaciales. En este dominio, todo suceda como si la U. R. S. S. dispusiera de todas las armas existentes—o casi—, y ello en abundancia y de la mejor calidad.

A este arsenal puesto al servicio de una planificación autoritaria de todos conocida, la U. R. S. S. agrega la panoplia de sus amenazas políticas, económicas y sociales, que utiliza con éxito desde aún más tiempo. Es esta noción del poder sin límites, de los medios adversos, la que crea una situación internacional enteramente nueva. Limitar un enfrentamiento en el que la U. R. S. S. estuviera directamente comprometida, ya no sería posible. Moscú lo sabe y obra con prudencia, por países interpuestos, puede decirse. Pero esta misma prudencia es aún mayor al Oeste, paralizado por el poder de los soviéticos. Implícitamente, es el temor inspirado por este gigantismo el que origina la singular actitud de los pueblos cuando expresan criterios diferentes, según se trate de los intereses del Oeste o los del Este. ¿Por qué tienen los argelinos derecho a la autodeterminación y no lo tienen los rumanos, los polacos, los checos o los berlineses? ¿Por qué aplastar la rebelión del Tibet es llevar allí la civilización, mientras que en otros países luchar contra la subversión es ir en contra del sentido de la Historia? ¿Y qué clase de Historia es ésa cuyo viento sopla en la buenadirección cuando despoja al Oeste, y en la mala cuando es el Este quien resulta afectado? Estas preguntas ya no se las hace nadie, tan admitido resulta que la fuerza, de una parte, y la aparente debilidad, por otra, imponen apreciaciones distintas.

Es claro que los espectaculares resultados conseguidos en el dominio del espacio han añadido aún a ese mito del poder sin límites. Como los demás, los pueblos de Iberoamérica han seguido la carrera técnica y científica que se disputan rusos y americanos, y juzgando superficialmente, piensan que los últimos ceden el paso a los primeros. Esta toma de conciencia por parte del mundo «no comprometido» ante los espectaculares resultados conseguidos por los países comunistas origina la complacencia con que las tesis de Moscú son escuchadas por doquier. La amenaza nuclear o el chantaje de dicha amenaza impresiona a los más valientes. Sin embargo, es fácil limitar el alcance de esta política de intimidación, que sólo habría de revelarse eficaz con los ignorantes y los imbéciles.

* * *

Hasta aquí apenas si se ha evocado el aspecto puramente militar de la lucha. Es que en Iberoamérica es afortunadamente secundario. Las armas nuevas han modificado radicalmente la geopolítica clásica. La asociación del missile y de las cargas explosivas nucleares han contraído el espacio, suprimido las viejas nociones de base y de posesión del terreno, aniquilado las ventajas del retroceso territorial; en una palabra, ha modificado la geografía militar de nuestro planeta al extremo de que ya no subsisten ninguno de los conceptos seculares que eran aún perfectamente válidos hace muy pocos años. Ya no se puede hablar del continente iberoamericano pensando en su proximidad y en la amenaza que su utilización haría gravitar sobre las instalaciones militares y las ciudades norteamericanas. A este respecto, Iberoamérica, como cualquier otra parte del mundo, ha perdido casi totalmente su valor de glacis. La estrategia de la proximidad es mucho más amenazadora, en cambio, en el terreno de la propaganda y de la economía. Cuando Fidel Castro agita la amenaza de utilizar el territorio cubano como base de partida para los missiles rusos, o bien se dirige al hombre de la calle o bien ignora él mismo las leyes de la nueva estrategia, no dándose cuenta, en todo caso, de la vanidad de tal amenaza.

Lo que sí cuenta en la prueba de fuerza actual, dadas las armas existentes en ambos campos, es la noción enteramente nueva del Riesgo. Este se impone a todos como siendo exorbitante. La explotación política que los soviets han hecho de Hiroshima, primero; de los ensayos nucleares, después, y la propaganda torpe que los Estados Unidos han realizado en torno a sus armas, han colocado el Riesgo a la orden del día.

Desde 1945, lo mismo si puede materializarse que si carece de fundamento,

La amenaza nuclear no ha cesado de gravitar sobre el mundo. El llamamiento de Estocolmo, la movilización de ciertos intelectuales, el recurso a sedicentes especialistas y las profesiones de fe de grandes personalidades o solamente de hombres de corazón engañados, han sido utilizados por los soviets para neutralizar los únicos instrumentos de defensa que aún quedaban en poder del Occidente. Cuando muy recientemente los físicos norteamericanos hicieron explotar experimentalmente cargas atómicas de muy escasa potencia, logrando así crear una gama de destrucción continua, que iba desde la pistola al sol termonuclear, dotaron a su país de los medios de imponer totalmente el no recurso a la fuerza, ya que el más pequeño conflicto habría de conducir racionalmente al desastre mutuo. En vez de sacar partido de la ventaja y de especular con los inmensos riesgos que en adelante es fácil imponer a todo agresor potencial, muchos especialistas occidentales sólo vieron en el proceso de la escalada, al que acabamos de aludir, un peligro suplementario. Sin embargo, entre potencias nucleares la guerra está fuera de la ley merced al átomo. Queda por proteger y garantizar a los países que no pueden allegar los medios para su propia autoprotección.

Las consecuencias de esa obsesión, de ese riesgo exorbitante con el que se ha de convivir, son de dos órdenes:

Positivo, en primer término: el recurso a la fuerza—al menos entre potencias nuclearmente provistas—aparece cada vez menos posible. Si hace unos pocos años se iba a la guerra con bastante facilidad, resulta claro que los dos grandes no pueden, hoy en día, enfrentarse directamente con las armas en la mano. Antes de meterse en semejante prueba de fuerza sus respectivos Gobiernos saben que no hay otra alternativa que la capitulación para uno de los beligerantes, pero ¿cuál de ellos?, o el aniquilamiento para ambos. De suerte que es preciso, por ambas partes, aceptar lo que antaño hubiera conducido a la conflagración general. De ahí que hayamos entrado en un período en que el hecho consumado se impone por falta de medios para poderlo sancionar. El peligro reside en que en este terreno, el Occidente está mucho más preparado para aguantar el hecho consumado que para imponerlo, y que Moscú tanto como Pekín saben explotar esta debilidad.

Pero en conjunto, el que haya estabilidad entre los dos grandes en cuanto a la salvaguardia respectiva de sus territorios nacionales, constituye un factor que tranquiliza. Si las opiniones públicas occidentales tuvieran mayor conciencia de este hecho, el chantaje y el miedo no serían ya una de las cartas maestras de la diplomacia soviética.

El elemento negativo que resulta de esta nueva noción del Riesgo desmedido es lo precario de las alianzas, al menos de las alianzas tales y como fueron concebidas durante siglos. Ayer, concluir una alianza era, por una parte, correr el riesgo de perder un ejército o una provincia, pero era, por otra, la posibilidad de participar en la distribución de los bienes del vencido, en caso de victoria. Por un lado, el riesgo era aceptable, y por otro, la puesta tentadora. Actualmente ya no es así. No se trata ya de la pérdida de un cuerpo expedicionario, sino de verse aplastado durante muchas décadas en razón de la amplitud de las destrucciones sufridas. Dejando aparte la vida misma del pueblo interesado, no hay logro que compense semejante riesgo. De suerte que en todas las circunstancias en que el enfrentamiento es directo, en que adoptar tales medidas que hicieran probable o sólo posible la escalada, la defensa común pierde progresivamente de su eficacia por la única razón de que el sacrificio en provecho de un tercero es menos sugestivo que cuando se trata de uno mismo.

Es así cómo el mundo occidental debe conciliar lo inconciliable, haciendo cesar la contradicción que lo debilita: por una parte, casi ninguna de las naciones que lo componen es capaz, por sí sola, de proveerse del arsenal de la seguridad y de la potencia, y por otra, la voluntad de defensa de un conjunto de países no es una suma de voluntades nacionales, sino la expresión de la voluntad del más débil o del menos directamente amenazado, de suerte que la defensa colectiva resulta más incierta que antaño.

* * *

Otra consecuencia de la existencia de las armas nuevas: la igualación relativa de las potencias y la negación del poder del número. Ayer, el país que pudiera poner en pie de guerra cincuenta divisiones vencía con toda seguridad al que sólo hubiera podido reunir veintinco. Mañana, una nación rica de 500 missiles no podría materializar su superioridad sobre otra que sólo tuviera 250. Bastaría con que una fracción de esos 250 missiles escapara a la destrucción para que el asaltante, incluso mejor armado, sufriera descabros sin proporción con las ventajas que le reportaría su victoria. Esta noción de igualación relativa de la potencia armada escapa a las masas. Estas siguen concediendo a la superioridad numérica las ventajas que tenía tradicionalmente. La U. R. S. S. explota esta ignorancia. Y por su parte, nada hace el Occidente para que sus opiniones públicas se enteren. Al contrario, los Estados Unidos se lamentan del famoso «missile gap», porque desde el punto de vista electoral el argumento interesa. Así resulta in-

debidamente debilitada una posición que, sin embargo, es inexpugnable. Es cierto que el razonamiento tiene unos límites, por debajo de los cuales ya no es válido, pues el margen de superioridad de uno de los grandes frente al otro no puede rebasar determinada proporción. Pero es de lamentar que por motivos de propaganda política el Oeste zape él mismo sus propios cimientos.

En cuanto al poder de número, es ésta una vieja historia. Desde que los hombres se pelean entre sí, han buscado la fuerza en la suma de los brazos y los pechos. Las alianzas tendían a asociar Estados para sumar las armas de sus respectivos combatientes. Actualmente, un pequeño grupo de hombres manejando el explosivo nuevo podría borrar a un gran país del mapa del mundo, al menos por un buen número de años.... En Hiroshima ha bastado con un solo bombardero tripulado por diez hombres y que llevaba un solo proyectil para borrar una ciudad, en tanto que en el curso de los meses anteriores fueron precisas 21.000 salidas de aviones para aniquilar Colonia (es decir, que en total 21.000 aviones bombardearon Colonia entre 1940 y 1945). La potencia de destrucción por «unidad de fuego» acaba de tornar caduco el recurso al número. En el dominio de la negociación, desde que el riesgo existe al extremo de desembocar en lo irremediable, el número ya no es eficaz. Cada vez que se ha producido un enfrentamiento grave entre el Este y el Oeste, los Gobiernos occidentales, razonando por analogía con el pasado, han buscado la fuerza en la suma—ya que no en la unión—de sus voluntades respectivas. Porque durante siglos ha sido preciso sumar los pechos primero, los Estados después, a fin de poder materializar la fuerza, se ha creído que en la era atómica sucedía lo mismo. Nada hay menos exacto. Y los acontecimientos lo han demostrado. Al principio del asunto de Corea es París y es Londres quienes han paralizado a Washington e impuesto a los Estados Unidos el hacer la más túpida de las guerras, aun cuando su monopolio nuclear les hubiera permitido detener las hostilidades. Antes de la caída de Dien Bien Fú fué Londres quien detuvo la acción de París y de Washington. Y ya se sabe lo que ha sucedido en Suez, y más recientemente en Laos. A la inversa, si los nacionalistas chinos siguen en Quemoy y Matsu es porque Mr. Foster Dulles ha tenido el valor de actuar solo y de no tomar en cuenta las advertencias e incluso las protestas asustadas de sus aliados.

Hay, pues, un límite trazado al poder de las coaliciones y de las alianzas. Indispensables en el conjunto de medios necesarios para la lucha, han perdido de su poder en el momento de la prueba de fuerza. De hecho, la alianza

alinea sus puntos de vista en función del más débil y del menos interesado de los aliados. En cambio, si la prueba de fuerza excluye el enfrentamiento directo entre potencias que disponen de un arsenal nuclear, si el riesgo de escalada es escaso e incluso nulo, entonces la alianza puede desempeñar su papel tradicional y constituir un instrumento eficaz.

De suerte que la nueva era se caracteriza por la superposición de dos órdenes de cosas. En el primero, según sean las circunstancias geográficas y políticas, la amenaza nuclear existe, latente y permanente, y los riesgos por tomar pueden parecer tan exorbitantes que los antiguos sistemas de alianza y de coalición pierdan parte de su eficacia. En el segundo, la naturaleza de la puesta disputada, la situación geográfica, el contexto político, son tales que el enfrentamiento directo de los dos grandes es por lo menos improbable. En tal caso, la alianza, la comunidad de puntos de vista y de acción de los Estados amigos interesados en el problema conservan su fuerza y pueden intervenir de modo decisivo. En una amplia medida es éste el caso de Iberoamérica y de los medios para alejar las amenazas que sobre ella gravitan.

Si nos hemos extendido largamente sobre la lógica nuclear, aunque militarmente no sea aplicable a Iberoamérica, es que en el plano político interviene el arsenal atómico. Gravita sobre todos los pueblos por el mero hecho de que está en manos de algunos de ellos. Como la conquista del espacio, el arma atómica es actualmente el atributo del poder. Y así como las opiniones públicas saben mal lo que significa realmente la investigación del espacio, lo mismo ignoran, poco más o menos, todo de las leyes de estrategia política y militar del átomo, de sus posibilidades y también de sus extraordinarias limitaciones. Sobre este punto, decir la verdad, mostrar que las armas nuevas favorecen más a los «medianos» e incluso a los «pequeños» que a los «grandes», explicar que la agresión es sumamente difícil de materializar, enseñar a ignorar el miedo atómico, disipar los terrores propagados por notorios falsos especialistas y por intelectuales cuyas brillantes deducciones parten de premisas falsas, eliminaría toda una gama de amenaza y facilitaría la lucha contra las demás.

Estas amenazas no se derivan de las disciplinas nucleares. Siguen siendo clásicas en la medida en que el término ampara guerras económicas, intelectual, social y política, e incluso enfrentamiento con las armas en la mano, pero con las armas clásicas. De hecho, el militar sólo puede desempeñar en la misma un papel secundario. El asunto es, en primer término, político y económico.

* * *

La potencia comunista amenaza directamente a Iberoamérica. Si esta amenaza, que ya es antigua, no ha alcanzado aún sus metas, es porque no se daban todas las condiciones necesarias. Pero actualmente parecen darse, porque las espectaculares realizaciones han atraído la atención del mundo sobre los éxitos del régimen soviético, y sobre todo porque Moscú parece disponer de fuerzas superiores a las de Occidente. El asunto de Cuba viene a punto para que, por la tangente del nacionalismo, se explote un contexto favorable al expansionamiento comunista. Pero siendo éste el hecho hay que admitir que:

— la noción del valor estratégico del territorio de Iberoamérica no es ya la misma que antaño y que la estrategia de proximidad no tiene otro sentido que la política;

— Moscú especula con el hecho de que las masas ignoran todo de las verdaderas implicaciones de las técnicas y de las armas nuevas, y que es posible explotar esta ignorancia manejando tan pronto el chantaje del miedo como el belicismo del mundo libre. Explicar a las opiniones públicas las nuevas leyes disiparía muchas inquietudes que sirven al adversario;

— en Iberoamérica, como en África—y, paradoja aparente, allí más que en Europa—, el esfuerzo comunista puede ser neutralizado por una acción opuesta de la colectividad occidental;

— esta acción ha de ser, ante todo, política y económica.

General PIERRE M. GALLOIS.